

## BIENAVENTURADOS LOS PERSEGUIDOS POR CAUSA DE LA JUSTICIA, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

**Introducción.** Quien hace esta afirmación es Jesús, el que vivió gran parte de su ministerio público en medio de persecuciones, conflictos, soportando las falsas acusaciones que hacían sobre Él los escribas y fariseos. Esta escuelilla es una invitación a aprender a vivir alegres y confiados, aunque a nuestro alrededor no haya ni aplausos ni reconocimientos. Es la gran noticia que nos hace Jesús de poder edificar nuestras vidas no en las arenas movedizas de las adulaciones y las lisonjas. Sino en la roca firme de la mirada y la valoración de Dios sobre cada uno de nosotros.

**«Así pues, por sus frutos los reconoceréis. No todo el que me diga: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de Dios, sino el que haga la voluntad de mi Padre del cielo. Cuando llegue aquel día, muchos me dirán: ¡Señor, Señor! ¿No hemos profetizado en tu nombre? ¿No hemos expulsado demonios en tu nombre? ¿No hemos hecho milagros en tu nombre? Y yo entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, vosotros que hacéis el mal. Así pues, quien escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a un hombre prudente que construyó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca. Quien escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a un hombre sin juicio que construyó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos, golpearon la casa y ésta se derrumbó. Fue un derrumbamiento terrible» (Mt 7,20-26).**

Una de las señales más grandes de éxito social es el ser valorados y aclamados por la opinión mayoritaria. Tener seguidores, fans, admiradores, sentir que somos «influencers». Pero esta palabra de Jesús, **«¡Felices los perseguidos!»**, es una invitación a que nuestra alegría y determinación no dependan de la opinión de los demás, que por otro lado es cambiante. Jesús experimento en muy poco tiempo como pasó de la aclamación y de la alabanza, al rechazo y a la sentencia de muerte. Los mismos que le llamaban *Rey de Israel*, le gritaron: *¡Crucificalo!* La opinión de los demás es muy cambiante y en la mayoría de los casos los juicios que se hacen sobre nosotros, son sin conocernos, sin saber nada de lo que vivimos y de la intención con la que hacemos las cosas. Claro que todos nos equivocamos alguna vez, muchas veces, y que necesitamos de la corrección fraterna para crecer. Cuando la crítica es constructiva produce mucha alegría y beneficio. Aunque en el momento duela, porque somos capaces de reconocer el amor que hay detrás de la crítica. Pero la persecución es otra cosa. Es el juicio, la condena, la ira convertida en sentencia y rechazo, en crítica. Lo que te digo no es para que mejores y crezcas. Lo que te digo es para que te duela y te dañe. Nos persiguen por apariencias, pero no tienen capacidad de empatía, ni de mirar al interior del corazón. Jesús mismo experimentó la persecución ya desde la infancia, con Herodes; en su vida pública pronto pudo comprobar cómo iba naciendo y creciendo la oposición por parte de fariseos, saduceos, sacerdotes y sumos sacerdotes, letrados y maestros de la Ley, incluso de su propia familia, sufrió la incompreensión de los apóstoles y discípulos.

**Lo que Dios nos dice. «A partir de entonces Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, padecer mucho a causa de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, sufrir la muerte y al tercer día resucitar. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: ¡Dios te libre, Señor! No te sucederá tal cosa. Él se volvió y dijo a Pedro: ¡Aléjate, Satanás! Quieres hacerme caer. Piensas como los hombres, no como Dios. Entonces Jesús dijo a los discípulos: Quien quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por mí la conservará» (Mt 12,21-25).**

Cuando los que nos persiguen son unos desconocidos, nos afecta menos. Pero cuando la persecución es de los de cerca, familia, amigos, comunidad, ahí se produce en nosotros un gran desconcierto y un sentimiento de dudas. Pero no por eso tenemos que renunciar a nuestras convicciones o nuestro punto de vista. Ni tenemos que cambiar nuestra forma de comportarnos. Nuestra forma de vivir, nuestra personalidad es única e irrepetible. Claro que tenemos que adaptarnos a los demás, no buscar molestar, ni ofender, ni la confrontación. Pero lo más cierto es que desde las diferencias que nos constituyen, todos salimos beneficiados en ese trabajo diario de convivir, de realizar proyectos juntos.

**Cómo podemos vivirlo.** Nuestro es el Reino de los cielos cuando experimentamos la alegría de sentirnos familia, comunidad, a pesar de las diferencias. Qué libertad tan grande nos ofrece saber que el Espíritu Santo es el constructor del Reino. No somos nosotros con nuestras estrategias, o con nuestras habilidades. Qué libertad tan grande nos ofrece saber que las diferencias forman parte de la vida, la tensión en las relaciones, los silencios incómodos. Pero que más grande que nuestros esfuerzos y equilibrios, contamos con la ayuda de nuestro Jesús, que es el que nos enseña a sacudirnos el polvo de nuestros pies ante las críticas y seguir siempre adelante.